

EL MONOLOGO DE L

UN ramalazo de conservadurismo atraviesa el mundo. Estamos en un verano violento, con tres hogares de guerra bien encendidos: Congo, Chipre, Vietnam. Ocurre en este curioso mundo que el verano es el tiempo de la fuerza, el invierno el de la política. Los astrólogos lo han estudiado, pero hay razones más profundas que la de la conjunción de astros maléficos. En verano, los parlamentos están de vacaciones, y es el momento de sorprenderles; los periódicos disponen de pocas noticias y amplían cualquier serie de disparos a proporciones de guerra para animar a sus lectores. Este verano tiene unas condiciones especiales de tipo político y es que es un verano pre-eleitoral. Cuando termine, en octubre, Gran Bretaña celebrará sus elecciones generales y el país se pronunciará entre dos partidos, el laborista o el conservador, entre dos hombres, Douglas Home o Wilson. Inmediatamente, el 3 de noviembre, los Estados Unidos elegirán entre Johnson o Goldwater. Todo lo que está pasando y va a pasar este verano está en función de estas elecciones, sobre todo de las elecciones de Estados Unidos. La crisis de estas tres guerras simultáneas tiene ese significado.

En los casi veinte años de postguerra hemos asistido a crisis más graves. Esta tiene unas condiciones distintas. Las crisis anteriores se han caracterizado porque a la agresión de un bloque mundial ha respondido inmediatamente el otro. Fuese cual fuese el sentido de aquella crisis y su fondo de justicia, las opiniones mundiales han reaccionado siempre de una misma manera: hacia la paz. Las grandes masas del mundo han dado en cada momento la sensación de no estar dispuestas a ninguna clase de guerra mundial, y la doble amenaza se ha cristalizado en una nueva seguridad de paz. La característica de esta crisis de las tres guerras es completamente nueva: se trata de un monólogo de fuerza. Es un monólogo que el Presidente Johnson está representando en el vasto escenario del mundo, enviando a las aguas asiáticas todo el poder de su séptima flota, mandando al Congo aviones de combate tripulados por cubanos pro castristas —y por aviadores y paracaidistas americanos—, vigilando los mares de Chipre para evitar que sus dos aliados de aquella zona —Grecia y Turquía— hagan estallar por dentro la NATO. Esta gran exhibición apenas tiene respuesta. La Unión Soviética se está limitando a comentar estas acciones desfavorablemente por medio de su prensa y su radio, a advertir de los peligros que esta situación entraña en el caso de que se extienda. Con todo ello marca una posición ideológica neta, pero no interviene, ni amenaza con intervenir como lo hizo en la época de la aventura anglofrancesa en Egipto o cuando la acción americana en Bagdad. Este silencio es un cálculo. Puede decirse que es el mejor voto por Johnson en las próximas elecciones. Contemplando todas las crisis pasadas se llega a la conclusión de que el final de cada una de ellas ha resultado una frustración para la zona conservadora y belicista de los Estados Unidos, y que de estas frustraciones ha salido Goldwater y sus amenazas. Si estas crisis de ahora, de julio y agosto, se

planteasen de la forma clásica, su final sería probablemente el mismo de las anteriores, de donde saldría un nuevo refuerzo para las tesis goldwaterianas, en un momento en que el tiempo apremia, en que las elecciones están encima. Johnson puede realizar tranquilo su solitario en el centro de Africa, en el centro del Mediterráneo, en un costado de Asia. Los peligros le vienen de su propio flanco: de que sus militares extremistas amplíen las crisis hasta terrenos no previstos, de que los hombres de la C.I.A. encuentren nuevos puntos de fricción. Existe un segundo peligro, que es el chino. Creo haber dicho ya que la China tiene en las elecciones de Estados Unidos un interés completamente distinto al de la URSS: una victoria de Goldwater podría hacer pensar que sus ideas acerca de la esencia agresiva del capitalismo eran la justas y rectificar la posición de Moscú. China no puede permitirse crear una crisis de propaganda: no tiene cohetes, no tiene bombas atómicas. Para crear la crisis no tiene más remedio que la acción directa. Hay que esperar que la empresa en cualquiera de estos meses que nos separan de las elecciones, probablemente mediante una acción masiva de guerrillas en el Vietnam y en Laos.

El tercer peligro del solitario de Johnson es, simplemente, el de que no le salga. Sin necesidad de que intervenga nadie. Tengo la sospecha de que Moscú también lo ha calculado así. La realidad es que después del golpe del Golfo de Tonkín, admirablemente calculado, la guerra se sigue pudriendo en el Vietnam, donde una gran operación militar contra el Vietcong ha fracasado, donde la retaguardia sigue amargada y derrotista (se habla, mientras escribo, de una nueva y grave crisis gubernamental en Saigón). La realidad es que en el Congo la audaz llegada de paracaidistas y aviones no ha impedido que continúe la actuación de los guerrilleros ni ha conseguido aglutinar la desmoralizada retaguardia de Chombé. En cambio en toda Africa la acción americana ha sido seguida con considerable repugnancia y el famoso y antiguo sentimiento del «go home» ha crecido. No otra cosa está ocurriendo en Chipre, donde la opinión mayorista se está inclinando ahora de una manera inesperada a favor de la URSS. El diario «Eleftheria», que era tan anticomunista como Goldwater, escribía el 11 de agosto un editorial en el que pedía ruptura de relaciones con Gran Bretaña y Estados Unidos, manteniendo que «la Unión Soviética y los pueblos socialistas son los únicos que siguen hoy la vía de la justicia y de la paz», mientras que un llamado «Comité de coordinación», que reúne las organizaciones (griegas) más importantes de la isla, se pronunciaba en el mismo sentido contra Estados Unidos y reclamaba «la firma de acuerdos bilaterales con la Unión Soviética y los países árabes».

A pesar de los dudosos resultados de las tres guerras, la apariencia, el gran efecto —y estamos en un mundo de efectos— es la de que Estados Unidos «rule the waves» como en otros tiempos la Gran Bretaña; que Johnson está a la altura de las circunstancias y su monólogo de fuerza se está coronando por los aplausos del gran público, del público fácil. Ante esta exhibición sin réplica viene el

A FUERZA

Por EDUARDO HARO TEGLEN

ramalazo conservador de que hablaba al principio de estas líneas. Las últimas estadísticas británicas marcan un considerable avance de los conservadores sobre los laboristas. Es cierto que estas cifras —una encuesta de opinión pública— están un poco amañadas y que no responden exactamente a la situación real; pero de todas formas parece que las distancias se han acortado y que si las elecciones se celebran mañana podrán ganar los conservadores o bien los laboristas lo harían con un estrechísimo margen parlamentario. Es un reflejo de la situación internacional. Es un axioma en algunos países —y muy especialmente en la Gran Bretaña, donde se ha demostrado varias veces— que en momento de riesgo la opinión se apiña en torno al Gobierno; sobre todo cuando, como en este caso, la crisis no pone en peligro la paz mundial (repito que cuando Gran Bretaña se lanzó a la aventura de Suez, la opinión se volvió contra el Gobierno y cayó el primer ministro, Eden, para no levantarse más). En este momento son las tesis del Gobierno del borroso *dandy* Sir Alec Douglas-Home las que parecen tener razón: que un moderado empleo de la fuerza puede ser útil para Occidente.

En cambio De Gaulle no ha quedado bien parado tras esta crisis. La sensación de fuerza americana en el Vietnam ha dejado en mal lugar su política de «*resquilleur*», su intento de aprovecharse de la crisis norteamericana en Asia para introducir la influencia francesa. Se atribuye a un diplomático francés esta frase: «Cuando uno piensa en lo que cualquiera de los barcos de la séptima flota lleva a bordo se da cuenta de lo poco que cuenta la fuerza atómica del General. Uno solo de esos barcos tiene más potencia nuclear que la que nosotros podemos crear en veinte años». Esta frase la relata el periodista Drew Middleton en un artículo fechado en París («*New York Times*», 12 de agosto) el cual asegura que después del golpe «agudo y rápido» de Tonkín los europeos vuelven a pensar que la presencia militar de Estados Unidos en Europa es indispensable para garantizar la paz continental. Vuelvo a repetir que se trata de un espejismo, que estamos en presencia de un monólogo sin réplica, y que estas crisis artificial y preelectoral no tiene nada que ver con una verdadera guerra y que una cosa es contemplar el tranquilo bombardeo de las bases de Vietnam del Norte y otra es enfrentarse con una potencia atómica de características similares. Es muy posible que De Gaulle siga teniendo razón.

El «one man show», el brillante espectáculo de Johnson convertido en bombero del mundo, ha tenido consecuencias inmediatas en Estados Unidos. No se trata allí de que el ramalazo de conservadurismo haya llevado a la opinión pública un poco más hacia Goldwater. El llamado Goldwater no es un simple conservador, es un «ultra». Lo que ocurre ahora es que Johnson ha acentuado su propio conservadurismo. La consecuencia es que ha ganado puntos. Lo mejor de su espectáculo es el efecto del «golpe seco»: es decir, la réplica rápida, que da sensación de fuerza, y la retirada inmediata que evita el peligro de guerra. Ha conformado a los que necesitaban



una sensación de poder de su país y también a los que temen el despliegue de la guerra con todas sus consecuencias. En resumen, ha ganado y está ganando puntos.

El problema está en que de estas batallas electorales salga un Johnson conservador que no sea capaz de mantener la tradición liberal de Kennedy que, a fin de cuentas, es la que le ha llevado accidentalmente al poder y posiblemente a la Presidencia de la República por la elección. Una revista de Estados Unidos con bastante lucidez, «*Fortune*», escribía ya hace varios meses (diciembre de 1963) un artículo profético. «En el origen de estos hechos (la ola que ha llevado a Goldwater a la superficie política) está el espíritu agresivo de esos americanos presuntuosos que se denominan conservadores. El crecimiento de esta fuerza puede, en definitiva, tener más importancia que el crecimiento de las oportunidades de Goldwater de ser elegido Presidente. Sea o no elegido Goldwater (y no se deben considerar sus posibilidades como insignificantes), los conservadores han marcado ya con su sello la política americana y han influido la actividad de los dos partidos. Constituirán (los conservadores) un factor importante no solamente en 1964 sino durante los años por venir».

Toda la tradición política de Estados Unidos está en juego en estos días. Johnson está tratando de flotar por medio de crisis espectaculares y de soluciones artificiales y precarias. Hasta ahora su cartel electoral se mantiene. Pero la realidad es que los acontecimientos del mundo, los acontecimientos en profundidad de cambio de época, de cambio de sistema, no dependen de la Casa Blanca ni del Pentágono y siguen su camino propio.